

Odi Gonzales. *Nación anti. Ensayos de antropología, lingüística andina, lenguaje y pensamiento quechua. Traducción cultural y resistencia.* Lima: Pakarina Ediciones, 2022, 454 pp.

Luis Mujica

lmujica@unajma.edu.pe

Universidad Nacional José María Arguedas

ORCID: 0000-0003-3946-3603

El trabajo tesonero de Odi Gonzales, incuestionablemente, busca enhebrar historia, cultura, lengua y continuidad del quechua. Su lectura es estimulante desde diferentes puntos de vista. La bibliografía habla de ello y su conocimiento respecto de los temas que desarrolla es vasto, interesante e invita a abrir espacios para el diálogo interdisciplinar. En efecto, el libro podría provocar enconos, pero también apreciaciones que pueden contribuir a abrir el horizonte para más estudios en el campo académico y entusiasmar —espero— a un público que crece en número y que busca conocer sobre el quechua y a aprender el quechua o runasimi.

Puedo decir que se trata de uno de los trabajos más ambiciosos que da cuenta de la dificultad que tenemos por comprender el quechua y aparece en momentos en los que hay disponibilidad para escuchar y atender la opinión del otro. Sin embargo, la reificación o idealización de una cultura o de una lengua podría impedir que la lengua, en este caso, pueda desarrollarse en diálogo con el mundo moderno. El libro es un trabajo de largo aliento y está conformado por treinta artículos, agrupados en

cinco partes, que no es posible abordarlo del todo en un espacio tan breve como este. Aun así, cabe señalar la importancia de la compilación de sus diversos trabajos, hecho en tiempos diferentes, y que sostienen una idea central de la relación que existe entre cultura, lengua y cambios lingüísticos en la actualidad: el quechua traviesa por diversos procesos de transformación a lo largo del tiempo. El trabajo de Odi Gonzales requiere, por ello, un diálogo interdisciplinar que supera nuestras notas. Entonces, aquí extraemos algunos temas con ciertas consideraciones.

En primer término, la estructura gramatical del quechua en la oralidad sigue siendo sujeto, objeto, verbo (SOV). No obstante, la impronta del castellano ha contribuido a establecer como SVO y se ha hecho tradicional en la escritura desde mucho tiempo. Este proceso de castellanización de la estructura es también común en el hablar, sobre todo, de los jóvenes y de personas bilingües. La marca del castellano ha penetrado y esto es irreversible. De hecho, Odi Gonzales trabaja mucho con la construcción SVO, que no necesariamente refleja la oralidad de los monolingües y los bilingües actuales. Una serie de frases quechuas extraídas o no como “Ana kan qosan” no coinciden con lo que conocemos de la realidad de los hablantes. Es posible que sea una frase construida tardíamente, porque un quechuahablante de estos tiempos sigue diciendo: *Ana qusayuqmi kan* o, simplemente, *Ana qusayuqmi*. El sufijo —yuq tiene la calidad de establecer una relación de sujeto-objeto y también una relación sujeto-sujeto de posesión y de vinculación. Como *iskayniyuq* y *yanayuq*, que son dos términos con el mismo sufijo, pero diferentes en sentido. En estos tiempos encontramos, por ejemplo, “Musuq tecnología kachkan Audiencias Públicas nisqata riqsichinapaq” en la página web del Tribunal Constitucional del Perú. Esta es una frase que se puede entender completamente, pero un quechuahablante no lo diría de ese modo. Podría decir así: «Audiencias Públicas (nisqanta) riqsichinapaq musuq tecnología kachkanña» Pero si quisiéramos mantener la primera frase bastaría separar con una coma, después de

kachkan. Sabemos que la variaciones entre SOV y SVO puede darse en la realidad, pero la primera sigue siendo, al parecer, la estructura quechua.

En segundo término, la construcción verbal oral es diferente a la de la escritura. En efecto, el sonido que depende del aparato fonador es diferente para los hablantes de otras lenguas. Basta fijarse en el habla anglófono o francófono donde el hablar como, “teibol” se escribe “table” o “Martán” y se escribe “Martin”, respectivamente. En efecto, la variedad de consonantes y vocales en las lenguas se trata de graficar de alguna manera, hecho que la escritura quechua —que no tenía un alfabeto gráfico— tuvo que adaptarse a la lengua de los castellanos del siglo XVI y XVII y que, en los siguientes siglos, fueron fonologizándose de a pocos, pero no del todo. De hecho, el quechua hablante dice “latanós” al “plátano” o “laranja” a la “naranja”. Por tal motivo, distinguir la oralidad de la escritura es un esfuerzo que debemos hacer desde las ciencias, como lo hacen Acurio, Pérez y Bendezú (2008).

En tercer término, la historia sigue su proceso y las lenguas también van cambiando. La tentación de regresar al origen puede tener una doble valoración. Por un lado, anclarse en lo que “fue” el quechua —considerado como “original” o “puro”— y subvalorar la variedad de hablas de una familia lingüística que va desde Argentina hasta el sur de Colombia, podría suscitar un retorno al pasado. Por otro lado, practicar la anomia mediante el desempeño de las lenguas según los usos locales sería chauvinista, lo que impediría construir una lengua común. ¿Cómo hicieron los vascos, los catalanes y los gaélicos, por ejemplo, para construir una lengua libre y estable en sus respectivos lugares? El habla no se agota en la oralidad; antes bien, la lengua trata de registrarse para que sea visible y cercana a la futuras generaciones que aún sostienen la voluntad de valorar el quechua como una lengua válida para los *runakuna*. Sin embargo, como toda lengua, el quechua es una lengua incompleta con relación a las otras lenguas, que han

ido especializándose en el uso de categorías específicas y fines particulares. El quechua tiene lo propio y es un aspecto que Odi Gonzales trata de sostener a lo largo de sus trabajos. Esto, desde luego, supone una conciencia lingüística por parte del sujeto quechua y el desarrollo de un pensamiento que organice racionalmente lo que está en el fondo de sus expresiones que —sea dicho de paso— difícilmente se puede penetrar y explicar solo a través de palabras sueltas.

En cuarto término, el libro propone una serie de críticas al mundo modernizado por la razón instrumental y comercial. En efecto, en un pasado remoto no había “moneda”, pero sí transacciones e intercambios que aún perduran: *ayni*, *minka* o *llanki*. En efecto, estos términos han ido perdiendo fuerza en la ciudad, aunque su sentido cultural no ha sido abandonado en la práctica social por los migrantes andinos, situación que Pablo Vega Centeno (1992) refleja en su trabajo. El encuentro con la modernidad puede producir “estrangulamientos de fluidos”, diría el autor; motivo por el cual la investigación, en lugar de contribuir a la marcha de las lenguas, puede generar conflictos entre los mismos investigadores que repercuten en la pragmática de la lengua. Por ejemplo, las traducciones de José María Arguedas, Demetrio Túpac Yupanqui y Gerard Taylor son distintas y sus maneras de entender el quechua han sido propuestas en una escritura que, definitivamente, son diferentes entre sí. Los fines son diversos como las creatividades que empujaron para dar razón de lo que tienen *ukusunqunpi*. Así, la riqueza de la lengua no solo radica en los diccionarios —como la compilación de Marcos Vela (s/f)—, sino también en el oralidad de sus hablantes de muchos lugares del continente latinoamericano. Incluso hay términos que se han ido perdiendo y otros que se recuperan como “ñawray”. En ese sentido, los hablantes son los que se encargan, en diversos espacios sociales, de ser la faja de transmisión de la fuerza del quechua y no necesariamente de manera escrita, pues esta modalidad queda siempre para un grupo de selectos o de interesados en discutir “sobre” el

quechua, pero no necesariamente para dialogar “en” quechua o en runasimi.

En quinto término, la complejidad del quechua proviene no tanto de su vocabulario como de la combinación de los sufijos, y que Odi Gonzales desarrolla. Por su lado, Mestas (2002) recuerda que por lo menos hay 195 sufijos y que ya Anchorena (1874) trató de combinarlos para probar la complejidad de la lengua. Creo que no es posible comparar las lenguas, sino de descubrir —como en el trabajo de Gonzales— la riqueza que existe en el quechua y, a su vez, es necesario apreciar en ella su dificultad para la comprensión. En efecto, la riqueza del quechua está en sus sufijos y en la capacidad que un hablante tiene para utilizarlos. La posibilidad de acomodar el quechua a la modernidad tecnológica es posible como lo propone, por ejemplo, Linares (2017). Esto es interesante y precisará de un mayor esfuerzo, además de dar pie para que la lengua siga buscando y desarrollando en su propio campo. Pero, ¿qué campo es fértil para el quechua o runasimi? Icha, chaytaqa, qillqaspalla yachachwan. Por ello, los estudios son importantes para discurrir y proponer probables soluciones a una lengua que ahora se bate entre Babel y Pentecostés. Un espacio que confunde y divide, y otro que entiende el hablar del otro en su propia lengua. Difícil esfuerzo, mas no imposible.

En sexto término, el pensamiento “andino” está por escribirse. Es más, cabe indicar que se encuentra —con toda seguridad— en la vida de los pobladores y aún no tenemos un Felipe Guamán Poma de Ayala o un Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua o, posiblemente, un Avila que ordene el mundo abstracto y concreto de los andes en quechua. Todos los esfuerzos realizados hasta ahora han contribuido en acopiar información importante desde la perspectiva “etic”, pero los actores sociales como lo fue Garcilaso de la Vega han escrito para los “otros” del viejo mundo, pero no para todos los sujetos de “este” mundo. Así, espero que trabajos como los de Odi Gonzales contribuyan a que algunos sujetos andinos comiencen

a encrespase y kikinmantapacha kasqankumantapuni sa-
yarispa kasqankuta riqsichinmanku. Icha, chayna kaptinqa,
chayllaraq, ukusunqunkupi kaqta riqsichwan. He aquí el valor
del quechua; entonces, probablemente se esté ligando el pasado
y el futuro, wiñaypaq, y las nuevas generaciones esperan algo
relativamente estructurado y que, como sujetos libres, puedan
recrear su propia lengua.

En séptimo término, es necesario subrayar una nota sobre
el componente histórico en el trabajo del autor. La impronta de
la conquista y la colonia marca que los estudios y los trabajos
producidos en esos tiempos seguirán siendo “las” fuentes para
seguir hablando del quechua y, de hecho, los documentos del
siglo XVI y XVII acompañan nuestros escritos. Sin embargo, como
bien va diciendo Odi Gonzales, la oralidad es también una fuen-
te inagotable. La historia de los cronistas es muy útil para saber
el origen de los términos y se asemeja a una arqueología de la
lengua de lo que habría sido. Empero, hay una serie de vocablos
en la memoria de los monolingües que se mantienen incólumes
y cuando pasan al bilingüismo dejan de ser utilizados. La viva
tradición oral que aún existe no puede confundir, por ejemplo,
“allin kawsay” con “allin kawsakuy”, pues la naturaleza de las
cosas es diferente a un proyecto social que, posiblemente, esté
escondido en el nombre de la plaza del Cusco: *Hawkay pata*.
La serie de autores que Odi Gonzales revisa en su trabajo nos
invita a tenerlos en cuenta para decir que no somos inventores
de la historia, sino *qatipaqkuna* de un proceso que algún día
se alzará.

Finalmente, el autor del presente libro da la clave del derro-
tero de las políticas y las prácticas lingüísticas. Cito un párrafo
conclusivo y determinante para esta nota:

Lo que hay que fomentar en la enseñanza del quechua es,
desde luego, el respeto por las diferentes dicciones de las dife-
rentes variantes, y la convivencia con la lengua de coexistencia,
al que monolingües y bilingües recurrimos porque nuestra len-
gua madre, por su naturaleza, no abarca el vasto vocabulario,

y nos es insuficiente especialmente en este mundo proclive al mestizaje global, la máquina y la tecnología. (p. 427)

Esto implica un doble esfuerzo: (a) configurar una lengua franca escrita en quechua para tiempos venideros, lo cual probablemente sea una tarea que se hará de a pocos; y (b) dejar de centrar el quechua en un solo lugar para viabilizar al desarrollo de las variedades. No obstante, todo esto supone una tarea de síntesis y de trabajo menudo: en lo posible, interculturalizar el quechua en diálogo con las otras lenguas del mundo.

Referencias

- Acurio Palma, J., Pérez Silva, J. y Bendezú Araujo, R. (2008). *Contra El Prejuicio Lingüístico de La Motosidad*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Anchorena, D. (1874). *Gramática quechua o del idioma del Imperio de los Incas*. Imprenta del Estado.
- Linares, J. (2017). *Alfabetización digital en quechua para el desarrollo andino. Dihital yachay antipa phuturiyninpaq*. Instituto Wernher Von Braun.
- Mestas, I. (2002). *El quechua en la escuela*. Proyecto de Educación Bilingüe Intercultural MED-GTZ.
- Vega Centeno, P. (1992). *Autoconstrucción y reciprocidad cultura y solución de problemas urbanos*. Cenca.
- Vela, M. (s/f). *Diccionario multidialectal de Quechua*. <https://dic.qi-chwa.net/#/>